El mayor invento
SATURNINO MUNIAGURRIA



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Cruzar los malezales del río Corrientes no es cosa del otro mundo, siempre que se sepa andar bien a caballo, se domine su manejo y uno no se distraiga. El terreno, en efecto, se halla sembrado de numerosas grietas, disimuladas muchas de ellas entre el pasto. Si el animal mete la pata en una de ellas, o cae, o para recuperar el equilibrio pega un cimbrón. En cualquiera de los dos casos el que lo monta corre el riesgo de ser despedido. Se necesita, además, tener un tino especial para no extraviarse, pues es muy fácil confundir el camino que uno debe seguir con los que abre el ganado transitando de un lugar a otro en busca de alimento. Eso basta para atravesar el malezal, pero si uno desea hacer el viaje cómodamente, es necesario además: poseer una piel curtida por los soles y la intemperie; que a ese precio se le haya vuelto insensible a las picaduras de los mosquitos; y finalmente, contar con unas buenas canilleras de lona -las botas le resultarían poco prácticas porque penetrando el agua por arriba se depositaría en su interior- que le protejan las piernas contra los cardos, por entre cuyas varas, armadas de hojas espinosas, hay que ir abriéndose paso.

Criado en los malezales, tales precauciones carecían para mí de importancia. Recorrerlos me resultaba siempre agradable. Nunca me faltaba con que distraerme. Pasaba por alto, cuanto de hosco, agresivo y hostil encierran, para no apreciar sino la novedad o la belleza que en la multitud de flores, de pájaros y de insectos que los llenan, descubría.

Pero si los que viven en los malezales concluyen por encariñarse con ellos, es sólo a costa de su tranquilidad cuando tienen a su cargo el cuidado de los ganados que los pueblan. Nunca se sabe si han desaparecido o no animales. Si se procede a su recuento siempre se los halla en menor número. Pero eso no quiere decir que los que falten están perdidos definitivamente: pueden haber quedado en los montes, en donde se acuestan para que no se los vea, o hundidos en el agua de los esteros hasta no dejar fuera de ella sino la nariz, los cuernos y los ojos, comiendo el camalotillo que en ellos abunda, o sino ocultos detrás de los tacuruces.

Librada a sí misma y sólo por excepción en contacto con el hombre, la hacienda concluye por alzarse. Huye en cuanto lo ve, si puede hacerlo, y si no, lo ataca. Los perros son la solución. Al animal alzado que se empaca, lo rodean, lo cogen de la cola o la nariz y lo enloquecen con sus ladridos. Concluyen por hacerlo disparar en la dirección que uno desea.

La forma de reducirlo es recogerlo con frecuencia. Pero las recogidas exigen un rodeo y no siempre se dispone de uno a mano. En los campos no anegadizos se lo instala donde uno cree más conveniente, generalmente cerca de las casas para acortar distancias. Pero en los malezales eso no es posible; es la naturaleza la que elige el lugar. Formados por bajíos que comienzan donde el río nace y terminan en su desembocadura, las precipitaciones pluviales los colman de agua, no quedando libres sino pequeñas alturas, distantes unas de otras.

Allí se reúne el ganado para dormir y allí se lo recoge para trabajarlo.

Sobre el río mencionado al principio, entre el paso de Borda y el de Itá curubí, mi padre poseía un establecimiento ganadero, que por hallarse situado en la margen izquierda formaba parte de los malezales a que vengo refiriéndome. Durante las vacaciones solía ir a pasar algunos días allí. Para pasarlo bien no necesitaba sino de una escopeta y algunas líneas de pescar. Contaba además con un buen apero y caballos hechos a transitar por entre esos andurriales, sin poner en peligro la vida del jinete. En ninguna parte he gozado más del sentimiento de la libertad que en el seno de aquella naturaleza virgen y salvaje, a la cual el hombre civilizado aun no había tenido acceso y que me proporcionaba el placer egoísta de disfrutarla sin que otros lo hubieran hecho antes.

Un día me invitó el mayordomo a ir a uno de los rodeos, a presenciar los trabajos que en él debían realizarse. Partimos de madrugada, él por delante con el personal, y yo en compañía de un guía para que no me extraviara.

Llegué al punto convenido un poco antes que ellos. La aproximación del ganado se anunciaba por los gritos de los recogedores y el balido de los animales. No tardaron éstos en asomar, solos o encuadrillados, por entre los matorrales de paja brava que cubrían las inmediaciones. Si algún animal intentaba desviarse, un jinete corriendo a toda prisa lo

enlazaba y quiera que no lo incorporaba al grupo. Los perros ayudaban prendiéndose a la cola de las vacas o a sus orejas u hocicos. Vi a más de uno volar por el aire al ser desprendido con un violento movimiento de cabeza. Vacas y hombres iban llegando al rodeo empapados de sudor, pues "la recogida" se hacía al galope, las primeras con un palmo de lengua afuera. Poco a poco el ganado se fue aquietando como un caldero en ebullición, al ser retirado del fuego. Reunido ya todo, y distribuido convenientemente el personal para impedir que escapara, se procedió a curar los terneros "abichados". El procedimiento no podía ser más sencillo -estoy hablando de muchos años atrás-: se arrastraba al ternero hasta la orilla del rodeo, el que lo conducía bajaba entonces del caballo y con la punta del cuchillo levantaba una de las pisadas del ternero y las colocaba invertida en el mismo sitio. Esta era una de las formas de curar "con secreto", pues habían otras más. A duras penas conseguí convencer a nuestro encargado, que debía en lo sucesivo deshechar ese procedimiento y emplear otros más adecuados. Todos los colores propios del ganado se hallaban allí representados, destacándose los barcinos, barrosos, paraíces, hoscos, yaguanés, chorreados, etc., que por tratarse de pelajes netamente criollos eran los que más abundaban. Los animales azuzados por los "recogedores" que a gritos y

rebencazos los obligaban a permanecer reunidos, se apretujaban cada vez más, y sobresaliendo sobre aquella masa hirviente y sudorosa, cuyos movimientos recordaban los de un enjambre de abejas, se veía toda una selva de cuernos, volcados los unos hacia atrás, apuntando otros hacia adelante, agudos algunos como puñales y gigantes y retorcidos otros, hasta formar casi una espiral.

Lo que hubo terminado la "desagusanada":

-Ahora acompáñeme -me dijo el mayordomo, mientras hundía las espuelas en su montado y se abría paso a través de aquel conglomerado viviente.

-Cuidado con los toros -agregó al ver que dos de ellos se travaban en lucha cerca de nosotros. A su empuje rodaban por el suelo los animales que se llevaban por delante, mientras los demás huían a todo correr. Sobre aquel campo, del que se elevaban confundidos miles de balidos, flotaba una atmósfera turbia y espesa, formada por la evaporación del sudor de los animales, los acres olores que despedían y el polvo en suspensión. Posiblemente aquella atmósfera era nociva, pero yo la aspiraba con fruición, pareciéndome que en tal forma dejaba de ser un simple espectador para sumarme a aquella magnífica y para mí extraordinaria manifestación de vida, en que los hombres no se diferenciaban casi de los animales.

El mayordomo avanzaba por entre el ganado taloneando a su montado para que anduviera más de prisa y marchando ora en zigzag, ora trazando círculos más o menos cerrados, volviendo la cabeza hacia uno y otro lado como si buscara algo perdido. Temeroso de los botes de los toros y de que el camino que iba abriendo entre los animales se cerrara tras él y me dejara aislado, lo seguí lo más cerca que me era posible, reproduciendo todos los movimientos de su caballo, como si su cola estuviera imantada y atrajera al mío. Cansado de aquel andar al parecer sin objeto, preguntéle, aprovechando uno de los pocos momentos en que pude ponérmele a la par:

-¿Se puede saber que es lo que gana yendo y viniendo de esa manera?

-Mucho más de lo que imagina - me contestó-. Verifico si han caído o no al rodeo todas las cuadrillas de vacas que lo forman.

-¿Cómo puede saberlo?

-Me basta conocer cuatro o cinco de cada cuadrilla. Si ellas han venido, es seguro que se hallan las demás también. Los animales de una cuadrilla se siguen unos a otros y ocupan en el rodeo siempre el mismo lugar. Ese lugar es como quien dijera la sala de la casa. La casa vendría a ser la pascana donde pastan.

Terminado el trabajo se aflojó el círculo de hombres a caballo que mantenía reunido el ganado, y este se dispersó en todas direcciones. No lo hizo de una vez, sino girando en remolino, con marchas y contramarchas dentro de él, de las vacas que separadas de sus cuadrillas corrían a reunírseles, y de las madres que balando llamaban a sus crías.

Regresamos por un camino diferente, a fin de que pudiera recorrer el campo en la parte más difícil de atravesarlo, pero que mayor interés despertaba en mí en razón de su salvaje be-

lleza y de su áspera y bravía vegetación, que daba la sensación de una naturaleza que por primera vez trataba de abrirse paso para exhibirse a la luz.

Frente a nosotros se extendía un alto pajonal, cuyo color de bronce patinado por la intemperie se alternaba de trecho en trecho con el tono pajizo de las matas que habían adquirido su completo desarrollo. Penetramos en él por un estrecho sendero apenas visible. Las matas en parte se hallaban tan juntas que no bien nos abríamos paso por entre ellas, volvían a cerrarse como una cortina, aislándonos de nuestros compañeros. Empleamos aproximadamente una hora en cruzarlo. Teníamos ahora ante la vista una llanada extensa, cubierta totalmente de tacuruces. Es un misterio el origen de estas aglomeraciones de tierra, algunas de las cuales alcanzan hasta dos metros de altura. ¿Se trata de hormigueros abandonados o provienen de los detritus vegetales arrastrados por las aguas y acumulados en torno de los obstáculos que en su marcha van encontrando? He observado estaparticularidad: durante el período de las lluvias las vacas paren sobre ellos y sus crías no los abandonan hasta que ya suficientemente desarrolladas pueden acompañarlas sin peligro.

Marchando al paso de nuestras cabalgaduras no tardamos en llegar a un alto palmar, el rumor de cuyos follajes acarició nuestros oídos, mucho antes de alcanzarlo, pues el fuerte viento que soplaba lo transportaba hasta nosotros. Eran palmas carandaí de erguidos troncos y hojas abiertas en abanico que resplandecían al sol. Aferradas a la tierra sólidamente -no se da el caso de que las tormentas las desarraiguen- formaban una selva densa que iba a morir en las faldas de las lomas inmediatas, produciendo el efecto de un inmenso tapiz cuya superficie removía sin cesar el viento.

Sería la una de la tarde cuando alcanzamos un crecido algarrobo a cuya sombra nos tumbamos a descansar. Era tan amplia su copa, que nos instalamos todos cómodamente bajo ella. Los peones formaron grupo aparte y yo no teniendo mejor cosa que hacer, me puse a contemplar el cielo, acostado boca arriba. Ni el resplandor de la inmensa sabana de agua que habíamos dejado atrás, ni los vapores que de ella se elevaban diluyéndose en una bruma transparente, ni el humo que se levantaba más allá de las lomas procedente de quemazones lejanas, consiguieron apartar mis miradas de aquel cielo, ni siquiera la vecindad de la selva, cuyos árboles centenarios unían sus copas a más de veinte metros de altura. Era que contemplándolo hallaba suficientes motivos de distracción. Tan pronto era una tijereta que elevándose desde una rama y empleando las dos largas plumas de su cola dispuestas en forma de timón, viraba en redondo para dar casa a un insecto que había dejado atrás, tan pronto una bandada de patos a cuya pesadez debían sin duda la mayor rapidez de su vuelo. O era una mariposa de colores, hasta entonces para mí desconocida, que rozando la copa del árbol iba a posarse en una ramita.

Aquel éxtasis -no hallo otra manera de definirlo- fue interrumpido por un zumbido, leve al principio, pero cuya intensidad fue cada vez mayor. A poco divise un avión que avanzaba en dirección al sitio en que nos hallábamos. Pasó por sobre nuestras cabezas atronando el espacio con el ruido de sus hélices. Iba tan bajo que pudimos observar los saludos que agitando las manos nos dirigieron los que lo tripulaban.

Después que el avión hubo pasado, dos de los peones cuya conversación pude oír por ser los que más inmediatos se hallaban a mí, mantuvieron el siguiente diálogo, que los demás escucharon en silencio:

- ¡Qué invento más grande, jayé!

-¡Para que pa sirve ese pájaro viejo, que no sabe sino volar!

- ¿Y la gente que lleva adentro?

- Un buque es más grande y lleva mucho más gente. -Pero no anda tan ligero.

-Un invento puede ser grande por su tamaño, pero más chico en otro sentido.

- ¿Que puede igualar al trasto de latas y ruidos que es el aparato que acaba de pasar; que vuela como el pájaro, que se baja en el suelo como la perdiz y en el agua como el pato?

-Hay un invento que con ser el más chico es sin embargo el más grande de todos.

-¿Cuál puede ser?

-El jójoro[1]. Con el uno tiene juego cuando desea. Sin el vos no podrías tomar mate, ni tu mujer cocinar. Basta un solo palito para que un mal intencionado prienda juego al techo de tu casa, o para incendiar leguas y leguas de campo y hacer que la hacienda se muera después de hambre por falta de pasto. ¿Querés un invento más grande por el daño que puede causar o por los servicios que nos presta?

-Capaz cierto.

FIN

[1] Como en guaraní no existe la letra f, el campesino correntino la suple con la j.